

libro, porque ¡pena dá decirlo! hay mucho de artificial en esos que se dicen entusiastas por el bascuence. No cesan ellos de proclamar *urbi et orbi* sus excelencias, manifiéstanse partidarios de sus tradiciones, costumbres y usos, pero se habla de ayudar y cooperar á la obra, y ya entonces no aparecen por ninguna parte aquellos entusiasmos y afanes. Son para decirlo en una palabra, bascongados platónicos. Pero á lo que iba. Podrá ó no alcanzar la popularidad que se merecen el afán y esmero que se han puesto para que resultase una obra de evidente utilidad práctica, pero que tiene derecho á alcanzarlo, es cosa que no puede ponerse en duda. Encuadernados en un elegante tomo los tres que forman la nueva producción, contiene la friolera de 34.000 voces netamente euskaras, número á que no alcanzan ninguno de los diccionarios publicados hasta el día.

En diferentes ocasiones me han preguntado algunos por un Diccionario que pudiera ayudarles en el traslado de voces castellanas al euskaro ó á la inversa, y siempre me he visto perplejo para darles una respuesta satisfactoria. El de Larramendi es muy incompleto; hoy podemos añadir que también agotados el de Aizkibel y el de Campión, obras magistrales en su género, especialmente el del segundo, no son sin embargo manuales como los necesita mucha parte de la gente que se dá por satisfecha con un estudio somero de la lengua. El que venimos hablando ha descartado por entero toda cuestión filológica y dejado á un lado también las etimologías, lo que hace que en relativo reducido tamaño haya podido copiar las correspondencias de tantísimas palabras como hemos indicado. Por estas razones no puedo menos de recomendar esta obra á quienes con tanto interés solicitaban mi parecer, con la satisfacción justísima de que verán cumplidos en ella sus deseos. Siento no saber su precio, pero creo que no ha de ser tan subido que no permita su adquisición á todas las fortunas.

Este mismo editor está publicando, con el esmero á que nos tiene acostumbrados, libritos de devoción en bascuence que pueden servir muy bien para regalos, premios, etc.

¡AITONA, AITONA!

Aunque ya va para tarde, no quiero dejar pasar la ocasión que se me presenta para dar cuenta de una comedia en verso titulada *¡Aitona, Aitona!* original del señor Gamboa, publicada meses atrás. Por

lo pronto, y antes que se me olvide, debo darle las gracias por la fina dedicatoria con que me obsequió; y debo dárselas doblemente porque me atribuye dotes musicales en que jamás soñé. Tal vez algún otro se haya igualmente sorprendido cuando ha leído al frente del ejemplar enviado, otra no menos rara calificación, y váyase lo uno por lo otro. Todo esto monta muy poco, porque al fin somos de la familia.

La comedia está escrita con mucho garbo y soltura por lo que al verso se refiere; los chistes y sales abundan en ella y el desenlace es tan sencillo como natural. Creo que nuestro llorado é inolvidable Soroa, va teniendo imitadores. No obstante, es una lástima que nuestra juventud no se anime á obras de más empeño, porque, la verdad sea dicha, la literatura dramática bascongada, apenas si ha avanzado un paso desde que empezó á dar señales de vida en su forma más rudimentaria en época no lejana todavía. Yo bien sé que el vulgo gusta de estas cosas, y que si se le diera un drama perfectamente hecho, quizá, quizá no le recibiera tan á satisfacción; mas sobre todas estas bajísimas apreciaciones está el adelanto del arte que tiempo hace está pidiendo que se rasgue y rompa el capullo que le tiene encerrado y salga revoloteando la airosa mariposilla.

¿Por qué no se han de componer zarzuelas? Y porqué no dramas? Iba á apuntar aquí algo de lo que acerca de este punto he discutido con un apreciable escritor, pero por ahora quiero dar tregua á mi pluma, aunque declarando que día vendrá en que, si Dios me dá más vagar, afronte de lleno el asunto.

De todos modos, mi enhorabuena al Sr. Gamboa que por la producción que ha dado á luz, hace concebir risueñas esperanzas para nuestra literatura: si sabe aprovechar las felices disposiciones que Dios le ha dado.

IGNACIO BELÁUSTEGUI.

Villafranca, Agosto 1902.

